

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Julio Ortega (ed.): *Nuevos hispanismos interdisciplinarios y trasatlánticos*. Madrid/Frankfurt/M./México: Iberoamericana/Vervuert/Bonilla Artigas (Nuevos Hispanismos, 1) 2010. 316 páginas.

Presentado por un agudo prólogo del conocido crítico y profesor universitario Julio Ortega, el libro dedicado a los nuevos hispanismos trasatlánticos es de indudable interés para los estudiosos de dicha disciplina. Los varios ensayos reunidos aparecen divididos en tres grandes sectores, de los cuales el primero contempla “balances y prospecciones”, el segundo los “escenarios interdisciplinarios” y el tercero las “proyecciones trasatlánticas”.

El lector y el estudioso se asoman a esta serie de estudios con justificada curiosidad, seguros de encontrar un panorama adecuado de lo que es el hispanismo, el hispanoamericanismo –o latinoamericanismo, como algunos prefieren, pero aquí no hay mención ni de Brasil, ni del área francófona caribeña–. Ese lector, o estudioso, aprende una infinidad de cosas, aprecia matices insospechados de la disciplina, que corresponden a la sensibilidad moderna hacia la sociedad y los eficaces medios técnicos que la contemporaneidad ofrece. No se trata, sin embargo, de un discurso panorámico del estado de los estudios del área en América, sino las más veces de enfoques parciales, de referencias a determinadas tendencias nuevas, que a primera vista no parecerían entrar en el ámbito del hispanismo e hispanoamericanismo, durante muchas décadas aplicado al sector literario, puesto que parten de situaciones político-sociales y extienden el área de estudios a los problemas de la sociedad. Por otra parte, hay que decir que

desde los tiempos de la Colonia la literatura hispanoamericana siempre ha sido reflejo de la situación socio-política.

Un estudio exhaustivo inaugura el primer sector mencionado. Ángel Gómez Moreno traza la historia del hispanismo medievalista del siglo XXI partiendo de, y volviendo a, España, ilustra el progreso y los cambios que se realizan en ese ámbito dentro y fuera de la Península Ibérica, de Europa y América. Las relaciones entre las dos orillas del Atlántico quedan iluminadas provechosamente y el lector esperaría que igual método se reservara a los demás aspectos del hispanoamericanismo. En efecto, con amplia visión parecida Klaus Zimmermann examina críticamente la hispanofonía, la lingüística hispánica, denuncia la función negativa de las Academias de la lengua, propone la abolición de la Real Academia y critica el Diccionario de la misma. Un programa revolucionario que se funda en la necesidad de estudiar no el español oficial, sino el de sus varias manifestaciones, en América y fuera de ella.

Distinta faceta del hispanoamericanismo propone Hernando Valencia Villa, desarrollando el tema de la memoria histórica y los derechos humanos, abogando por el culto de la memoria para establecer la verdad histórica, reparar y castigar, con especial atención a Colombia y a la España de la Guerra Civil, cuando ningún derecho a la justicia se reconoce a las víctimas. No se trata, en este caso, de material literario, sino de historia viva y de derechos, ámbitos de los que, hasta el momento, el hispanismo no es que no se hubiese intrínsecamente ocupado, pero que la realidad histórica moderna propone con urgencia, ampliando específicamente el área hispanista. Ampliación que se realiza también

con el ensayo de Susana Reisz, la cual debate la cuestión femenina y llama la atención sobre el lugar de la mujer escritora en el hispanismo actual y del futuro, poniendo de relieve la dificultad de la artista para imponerse en un mundo de creación y de estudio dominado por el varón que, ejercitando un rol patriarcal y autoritario, todo lo condiciona. Una serie de nuevas propuestas presenta Ricardo Gutiérrez-Mouat para el hispanoamericanismo, y la principal es cómo reintegrar la dimensión ética del cosmopolitismo a una tradición literaria, prestando atención al tema del viaje, a la escritura de desterrados y migrantes, al efecto del retorno y la hospitalidad, al debate entre acogida incondicional y condiciones políticas, argumentos a los cuales ofrece materia abundante buena parte de la narrativa actual, sin descartar el tema del viaje regionalista.

En el segundo sector del libro Margery Arent Safir trata de laboratorios fantásticos, de literatura y ciencia. La literatura del siglo XXI deberá, según la estudiosa, integrar los conocimientos científicos a la fantasía creativa, como por otra parte ya hicieron escritores como Cortázar, Cardenal, Fuentes, Volpi y el mismo Borges. Hoy día, afirma la profesora, la ciencia influye no solamente en la escritura, sino en la lectura de cualquier página. Es una nueva dimensión, por otra parte, ya presente en el pasado, aunque esporádicamente tratada por la crítica hispanoamericanista anterior. Otra dimensión de estudio propone también Paul Julian Smith, al tratar de los estudios cinematográficos y televisivos, y Enric Bou denuncia, en la era digital, la perversidad presente en las autobiografías público-privadas, afirmando que los blogs representan una realidad parcial fragmentada y falsa, pero muy viva, un espejo de nosotros mismos perdidos en el ciberespacio, de modo que

dichos blogs literarios protagonizan hoy una renovación de la literatura.

De los nuevos hispanismos en los Estados Unidos discute ampliamente Aránzazu Borrachero Mendibil, defendiendo la necesidad de una ética del aula, o sea de una interpretación de la creación literaria partiendo de sus raíces, dominadas por el poder, y afirma el deber del profesor a ilustrar el mensaje rebelde que encierra la literatura, denuncia de las injusticias de la sociedad. Al hispanismo estadounidense dedica su ensayo también Anke Birkenmaier, destacando la situación de los estudios literarios, culturales y lingüísticos, poniendo el problema de qué es hoy el hispanismo, trazando su historia en los Estados Unidos, a partir de 1820, cuando las primeras clases universitarias de español, el influjo de la doctrina Monroe (1823), que determina la orientación del hispanismo hacia España, y el pasaje a 10 cátedras en 1885. El *boom* del interés hacia Hispanoamérica y su cultura empieza en los años sesenta, y en los noventa se realiza en la bifurcación entre hispanismo filológico positivista, atento a España, y la creciente variedad de estudios hispanoamericanistas, que van de la retórica al feminismo, al psicoanálisis, a la deconstrucción, al posmodernismo, a los estudios gay y lésbicos, etc. En el hispanismo norteamericano se verifica, además, una ampliación del área de estudios lingüística y literaria, que contempla el catalán, el gallego-portugués y el vasco, y en el ámbito latinoamericano ex-tiende su interés a las lenguas minoritarias (náhuatl y zapoteca), y al bilingüismo. El panorama se amplía todavía sucesivamente con estudios dedicados a la política lingüística de España, a la sociolingüística, al análisis del discurso, a la semiología, etc.

En el tercer sector del libro Beatriz Colombi ilustra la historia del hispanismo e hispanoamericanismo argentinos, una

historia muchas veces truncada, debido a momentos violentos de la política, que han obligado, sobre todo al final del siglo XX, dominado por la violencia militar, a estudiosos y escritores a dejar el país refugiándose en el exterior, en Europa y sobre todo en Estados Unidos, donde su aporte a los estudios del sector americano ha sido, y es, fundamental. La escritora destaca la labor fundacional de Amado Alonso desde la dirección de su instituto en la Universidad de Buenos Aires, y no olvida el papel editorial en la afirmación de valores literarios. El ensayo termina con la indicación de las líneas argentinas de estudios del área.

De una polémica acerca de la defensa del idioma, suscitada por la propuesta, en 1950, de un congreso en la capital mexicana de las academias correspondientes de la Real Academia Española, entidad que en el clima franquista se negó a participar, trata José del Valle. Dicho congreso se realizó igualmente, determinando muchas tensiones, y la mayoría de las Academias se negaron a independizarse de la RAE. Con este orgulloso poder dictatorial que se atribuye la Real Academia Española en el ámbito del idioma se relaciona también el ensayo de Jorge Carrión dedicado al viaje que en 1909 realizó oficialmente a América Latina Rafael Altamira, cuya finalidad era afirmar los vínculos entre las antiguas colonias independizadas y España, programa que el crítico interpreta como una nueva forma de imperialismo, del que es convincente elemento, en su opinión, la fundación en la metrópolis de instituciones al mismo objeto, desde el “Instituto de Cultura Hispánica” (1946) hasta el “Instituto Cervantes” (1996): una suerte de neoimperialismo cultural. Atento a la realidad concreta de un país americano, el Perú, es el ensayo de Víctor Vich, que trata del conflicto entre mundo andino, considerado atrasado e inculto, y el de

la costa, que lo desprecia, salvo para exaltar con orgullo el esplendoroso pasado incaico. Falta, según el autor, una verdadera responsabilidad política que promueva no sólo una mayor participación social, sino económica, que mejore la distribución de lo que se produce, y cultural, que funde nuevas representaciones de la región.

Los dos últimos estudios dan un vuelco a la perspectiva adoptada por los ensayistas antes mencionados: el Atlántico tiene, en efecto, dos orillas y es fácil que, al modo que muchas de las teorías adoptadas por la investigación trasatlántica tienen sus fundamentos teóricos en Europa, desde América lleguen influjos positivos al viejo continente. Es el caso de la obra de Borges, cuya penetración en España es puesta de relieve por Vicente Luis Mora en una plenamente condivisible lectura: “*El aleph* en el espejo como *aleph* en la literatura española”. El crítico afirma una herencia borgiana inagotable en dicho ámbito y defiende miradas teóricas más anchas y dialogantes, “capaces de entender las relaciones de doble vuelta entre teorías, obras e ideas de autores de muy distintos orígenes y latitudes”. En parecida dirección se mueve el ensayo de Juan Francisco Ferré, “Zona sotádica: historias del cuerpo y sexualidades fronterizas”, examen profundo de la ideología de Juan Goytisolo, partiendo de su novela *El sitio de los sitios*, implicando otros momentos fundamentales de su obra, que representa una revolución vivificante contra el orden establecido, la abertura a “nuevas perspectivas de exploración en un campo cultural tan acotado a menudo por las visiones más convencionales como los estudios hispánicos”.

Mucha materia ofrece a la reflexión este libro, expresión de los “nuevos hispanismos interdisciplinarios y trasatlánticos”, presentados por estudiosos de afir-

mada categoría, preponderantemente activos en los Estados Unidos, cuyos derroteros investigativos en el área son ampliamente ilustrados. Queda en el lector el deseo de noticias acerca de otros países, del Atlántico (Brasil entre ellos), del Caribe y el Pacífico, donde consta que prosperan hispanismo e hispanoamericanismo. Hay que esperar, pues, en un volumen más dedicado al tema, y también a poner debidamente de relieve la actividad de centros europeos, París, Barcelona, Madrid, donde tuvieron su consagración varios autores hispanoamericanos de los siglos XIX y XX.

Giuseppe Bellini
(*Università degli Studi di Milano*)

Lois Parkinson Zamora/Monika Kaup (eds.): *Baroque New Worlds. Representation, Transculturation, Counterconquest*. Durham/London: Duke University Press 2010. XVI, 671 páginas.

Los 29 textos recopilados en este volumen examinan una enorme variedad de categorías, conceptos y estrategias barrocas europeas y latinoamericanas para acercarse a “la reemergencia” (p. 2) de las tradiciones barrocas y sus formas de expresión en los siglos XX y XXI. Con este propósito encontramos textos “fundamentales” (p. 3) sobre lo barroco y lo neobarroco en la primera parte, “Representation” (incluyendo Friedrich Nietzsche, Heinrich Wölfflin, Alejo Carpentier, Severo Sarduy), además de contribuciones más recientes de expertos internacionalmente establecidos, algunos con enfoque en la época colonial (por ejemplo, Jorge Ruedas de la Serna y José Pascual Buxó en “Transculturation”), y otros con particular interés en las estrategias neoba-

rrocas poscoloniales (por ejemplo, Gonzalo Celorio y Roberto González Echevarría en la última parte, “Counterconquest”).

A lo largo de estas partes el volumen se centra, por una parte, en temas de autores europeos que vuelven a los conceptos del Barroco del siglo XVII para cuestionar los discursos políticos y poéticos de su contexto histórico y cultural, sobre todo de finales del siglo XIX a la mitad del siglo XX (Nietzsche, Wölfflin, Walter Benjamin, Eugenio d’Ors, René Wellek), pero también –aunque mucho menos– de la época contemporánea (Christine Buci-Glucksmann, Édouard Glissant). Por otra parte, dominan las contribuciones de autores latinoamericanos que se interesan por diferentes nociones barrocas en su intento de describir, explorar y discutir las experiencias en su entorno geográfico, socio-cultural y político, sea de principios del siglo XX (Alfonso Reyes, Ángel Guido), o más bien (y sobre todo) de la segunda mitad hasta nuestro siglo (Carpentier, Sarduy, José Lezama Lima, Celorio, Buxó). Finalmente, hay también un gran número de contribuciones norteamericanas, empezando por las excelentes introducciones de los editores Parkinson Zamora y Kaup hasta llegar a los textos específicos de Timothy J. Reiss y Christopher Winks. De esta forma se establece un diálogo académico sumamente intercultural que disuelve las fronteras de la literatura, a pesar de que la absoluta mayoría de los contribuidores sean críticos literarios.

Ejemplos sobresalientes del punto de vista transfronterizo son los 16 ensayos fundacionales sobre “la estética e ideología barroca” (p. IX) en la parte denominada “Representation”, los cuales acercan la opinión de siete autores europeos y nueve latinoamericanos, todos ellos presentados individualmente de forma breve y convincente. El lector encuentra aquí extractos de *Menschliches, Allzumenschliches*

(1878) de Nietzsche, *Ursprung des deutschen Trauerspiels* (1928) de Benjamin y *Lo barroco* (1944 [1935]) de D'Ors, así como “Sabor de Góngora” (1928) de Reyes, “América frente a Europa en el arte” (1940) de Guido y “La ciudad de las columnas” (1964) de Carpentier, algunos de ellos traducidos por primera vez al inglés por el equipo editorial del presente volumen. La crítica literaria ya ha tratado lo suficiente el valor de estos textos para la discusión del Neobarroco en los siglos XX y XXI, así que no hace falta volver a acentuarlo en esta reseña.¹

La segunda parte, “Transculturation”, se centra en la época colonial al recopilar seis textos que incluyen “Sor Juana and Luis de Góngora: The Poetics of *Imitatio*” (2006) de Buxó, “Baroque Quixote: New World Writing and the Collapse of the Heroic Ideal” de William Childers y “Baroque Self-Fashioning in Seventeenth-Century New France” de Dorothy Z. Baker, los últimos dos escritos para este volumen, junto con los estudios de De la Serna, Reiss y Leo Cabranes-Grant. La contribución de Childers parece particularmente original, ya que investiga el *Don Quijote* (1605/1615) de Cervantes en el contexto de la literatura latinoamericana de su época (por ejemplo, *La Araucana* de Ercilla, 1569/1578/1589) y de la narrativa barroca española que le sigue (*El héroe* de Gracián, 1637). En su investigación del fracaso del héroe antiguo (idealizado en la literatura renacentista) como denominador común de estas obras, Childers desarrolla un argumento convincente para categori-

zar *La Araucana* y *Don Quijote* como ejemplos de un “critical Baroque” temprano (p. 425), caracterizado por la tensión clave entre el heroísmo individual destinado a fracasar y el nuevo *simulacrum* colectivo determinado por un sistema colonial burocrático, que no conoce valores fiables ni morales ni éticos. Al final el autor nos sorprende aún más con su intento de conectar la obra de Gracián con el modelo romántico presentado en *On Heroes, Hero Worship, and the Heroic in History* (1840) de Carlyle, pero aquí en particular hubieran hecho falta más detalles. No solamente queda poco claro la definición de Romanticismo de Childers (menciona a Rousseau que generalmente se considera prerromántico), sino también hay que preguntarse hasta qué punto se puede considerar la separación entre vida privada y vida pública –supuestamente el “basic common element” de las dos obras– como aporte nuevo y característica clave del Barroco.

La tercera y última parte, “Counterconquest”, ofrece siete textos que se centran en diferentes “posiciones post-coloniales” (p. 485) en un sentido más amplio. Es por eso que se incluyen textos como “From the Baroque to the Neobaroque” (2001) de Celorio y “The Baroque at the Twilight of Modernity” (2000) de Irleamar Chiampi, así como “The Novel as Tragedy: William Faulkner” (1970) de Carlos Fuentes, un ensayo que normalmente no se categorizaría como estudio poscolonial.² El texto de Chiampi, una traducción del primer capítulo de su obra *Barroco y modernidad*, destaca por su debate original

¹ Para una aplicación reciente de los conceptos barrocos de Carpentier véase, por ejemplo, Guido Rings, *La Conquista desbaratada: identidad y alteridad en la novela, el cine y el teatro hispánicos contemporáneos*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2010.

² Véase la discusión de “postcolonialidad” en Alfonso de Toro *et al.* (eds.), *Estrategias de la hibridez en América Latina. Del descubrimiento al siglo XXI*. Frankfurt/M. etc.: Lang 2007, pp. 29 ss., y Rings, *op. cit.*, pp. 85 ss.

acerca del retorno cíclico del barroco como inspiración de la literatura latinoamericana del siglo xx. Empieza con el modernismo de Rubén Darío y el ultraísmo de Jorge Luis Borges para llegar a las adaptaciones críticas de Lezama Lima y Carpentier por una parte, y la aproximación posmoderna de Sarduy por otra. Presenta además un análisis particularmente convincente acerca del Neobarroco como crítica fundamental del tiempo y el sujeto modernos reflejados en y estabilizados por los discursos oficiales neoliberales, los cuales siguen marginalizando a los Otros supuestamente “no occidentales”, como indios, mestizos, negros, inmigrantes rurales y el proletariado urbano (p. 522).

Al combinar textos “fundamentales” con excelentes estudios contemporáneos como el de Chiampi, el volumen de Parkinson Zamora y Kaup es sin duda una obra sumamente recomendable aunque sufra de algunos problemas estructurales menores. Aparte de los aspectos ya indicados, se podría cuestionar la selección de textos que casi exclusivamente exploran el potencial subversivo del Barroco. No es coincidencia que falten estudios como *La cultura del barroco* de José Antonio Maravall, que hubieran recordado al lector la otra cara más bien conservadora del Barroco, el cual, en el siglo xvii, sirvió también como instrumento cultural para la consolidación de regímenes absolutistas y que sigue teniendo un potencial estabilizador poco investigado en el volumen. Parkinson Zamora y Kaup mencionan esta cara tradicional legitimadora en su introducción, y algunos estudios la indican también (por ejemplo, Reiss, p. 396), pero parece difícil entender los mecanismos que facilitaron el uso del Barroco como parte de un discurso colonial a base de textos que se centran en escritores de excepción como Sor Juana Inés de la Cruz y Miguel de Cervantes, o en el potencial

subversivo de la obra de Carlos de Sigüenza y Góngora. Con referencia a la selección, tampoco queda muy clara la separación entre textos “fundamentales”, que el equipo editorial suele presentar individualmente, y otros estudios que no reciben tal trato. Así, por ejemplo, se acentúa a González Echevarría como pionero en el estudio del Neobarroco, el cual marca la orientación del presente volumen, pero su “Góngora’s and Lezama’s Appetites” (1978) no se trata como texto “fundamental”, mientras que el ensayo de Fuentes parece merecer esta atención. En lugar de esta separación, al lector le hubiera ayudado probablemente más una introducción específica al principio de cada parte (subcapítulo en el caso de “Representation”) que esbozara y conectara las diferentes perspectivas e indicara la literatura básica para acercarse más a los conceptos barrocos de cada autor. Finalmente, en cuanto a la edición, hubiera sido útil tener los datos bibliográficos completos de los textos “fundamentales” (año de publicación, título original, etc.) al principio de cada texto en lugar de tener que buscarlos en una bibliografía especial al final del volumen.

A pesar de estos comentarios, no debe olvidarse la muy alta calidad del volumen presente para investigadores del Barroco y Neobarroco, sobre todo (pero no exclusivamente) en el mundo angloamericano, ya que aquí encuentran –fácilmente accesible– una recopilación enorme de textos clave en lengua inglesa. En resumen, el volumen de Parkinson Zamora y Kaup sigue siendo sumamente recomendable por el impresionante espectro de contribuciones procedentes de investigadores de alto prestigio. Es decir: “it’s a must”.

Guido Rings
(Anglia Polytechnic University,
Cambridge)

Lesley Wylie: *Colonial Tropes and Post-colonial Tricks. Rewriting the Tropics in the novela de la selva*. Liverpool: Liverpool University Press (Liverpool Latin American Studies; New Series, 10) 2009. VIII, 173 páginas.

La “novela de la selva”, corriente dominante de la literatura latinoamericana de los años veinte y treinta, ha sido sumamente importante como descubrimiento literario de la exuberante naturaleza tropical opuesta al paisaje arcádico pintado por la literatura europea y europeizante. Pero esta novelística fue rechazada por su costumbrismo criollista y provincial por la Nueva Novela triunfante en las décadas del sesenta y setenta. Por eso es muy loable esta revisión y rescate a la luz de la literatura posmoderna por Lesley Wylie. La investigadora inglesa estudia cuatro novelas –*Green Mansions. A Romance of the Tropical Forest* de William Henry Hudson, *La vorágine* de José Eustasio Rivera, *Canaima* de Rómulo Gallegos, y *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier–, obras de autores pertenecientes a tres generaciones literarias bien distintas, que comparten sólo el tema de la selva y la ubicación geográfica en la Amazonía. Por eso, Wylie no las estudia por separadas, sino que las reúne según pertinentes criterios literarios en cinco capítulos, dejando así de lado el contexto latinoamericano y las biografías literarias de los autores. Este procedimiento le permite incluir a un escritor extranjero, al inglés Hudson, cuya novela salió ya a comienzos del siglo xx, y a Carpentier, cuya novela precursora de la Nueva Novela salió mucho más tarde que las “novelas de la selva” propiamente criollistas. Por añadidura, Carpentier había polemizado desde fines de los años veinte en nombre del vanguardismo contra el tradicionalismo obsoleto y la falta de profesionalismo de Rivera y otros regio-

nalistas. Los autores seleccionados están separados entre ellos, por lo tanto, no sólo por el factor generacional, sino también por sus estéticas y escrituras disímiles, lo que Wylie no toma en cuenta, presentando una imagen muy homogénea de esta novelística.

La tesis principal de Wylie es absolutamente nueva: sostiene que la “novela de la selva” anticipa la literatura poscolonial surgida en el “tercer mundo” en el contexto de la descolonización cultural teorizada por Homi Bhabha, Edward Said, Salman Rushdie y Chinua Achebe. La autora adjudica a los cuatro novelistas un mensaje descolonizador ya que todos coinciden en los siguientes cinco criterios identificadores establecidos por ella: 1) la tropología “tropical”; 2) la pintura de naturaleza y paisaje como señas de identidad cultural latinoamericana; 3) la presencia de los indígenas; 4) la selva como lugar de utopías y escapismo occidentales; y 5) la atribución de un carácter degenerado a la América Latina.

La tendencia descolonizadora se expresa como protesta contra, y rectificación de, la imagen europeizante de la selva producida por autores del viejo continente, en particular en diarios de viajeros y novelas de aventuras. Los diaristas europeos muestran, según Wylie, hasta en su escritura una actitud de dominación desde arriba, desde un zócalo, de seguridad de sí mismos por saberlo y dominarlo todo. De esta actitud imperial se distancian los novelistas de la selva, según la autora, por su comportamiento inseguro, no señorial, vacilante. Pero este último detalle no se explica necesariamente, como quiere Wylie, por su anticolonialismo, sino por ser ellos ciudadanos urbanos, intrusos, veraneantes, extranjeros en su propio país, descubridores y conquistadores intelectuales de una realidad antes desconocida. Los colonizados no son ellos, sino induda-

blemente los indígenas, habitantes y antiguos dueños de la zona, y como tales absolutamente seguros y dueños de sí mismos en la selva que es su propio ambiente vital, que conocen muy bien, como lo atestigua Humboldt, que los llama los mejores geógrafos del mundo por tener grabado en su cabeza todo el mapa de la Amazonía.

La autora refiere sin más a la “novela de la selva” la sentencia de Said de que “many of the most interesting post-colonial writers bear their past within them, a scar of humiliating wounds, in which the formerly silent native speaks and acts in territory taken back from the empire”. Esta comprobación válida para los escritores de África y Asia, no lo es para los novelistas de la selva, ya que todos son descendientes de los colonizadores europeos que no perdían, sino que recibían su territorio después de la Conquista, al contrario de los nativos indígenas que por sus lenguas y culturas no-europeas y su sometimiento colonial sí podrían equipararse con los pueblos afroasiáticos, enseñando como aquellos “las cicatrices del colonizaje” asestadas por los colonos criollos. Estos últimos no eran, por consiguiente, las víctimas, sino los victimarios del coloniaje. Los novelistas y sus protagonistas enseñan, según Wylie, no pocos rasgos de racismo hacia los indígenas de la selva, siendo en eso los seguidores, y no los opositores del colonialismo. Para ellos los indígenas no son mucho más que los árboles maltratados por los caucheros, o sea, objetos, nunca sujetos de las tramas a la par de los personajes criollos.

Wylie no aduce pruebas de su suposición del carácter deliberada o inconscientemente antieuropeísta de la “novela de la selva”. Sólo parcialmente me convence su descubrimiento de una polémica indirecta –parodia, ironía, *mimicry*– contra los textos europeos sobre la selva, ya que pese a

citar a muchos críticos anglófonos y unos cuantos hispanófonos, no presenta ningún texto explicativo de los propios escritores que compruebe estas intenciones anticolonialistas que les atribuye la crítica inglesa. Además, faltan comparaciones intertextuales entre los diarios de viaje por una parte, y de la novela de la selva, por otra, que confirmen la tesis fundamental de Wylie. Tampoco comprueba mediante una comparación textual la oposición naturaleza americana-paisaje europeo, no mencionando ni siquiera el montón de textos carpenterianos –ensayos, entrevistas, reportajes– que en parte confirman, en parte desmienten y de todos modos modifican las aseveraciones respectivas de la autora sobre este binomio.

Los cuatro autores conocían sólo superficialmente la selva: Hudson nunca estuvo en la Amazonía, Carpentier pasó dos breves vacaciones en ella, Rivera y Gallegos vivieron períodos un poco más largos allá. El único que vivía y deambulaba muchísimo tiempo más, casi tres de sus cuatro años americanos, en esta región, era Humboldt, a cuyo diario equinoccial Wylie prácticamente reduce los informes de viajeros europeos, atribuyéndole (según Mary Louise Pratt, en *Travel Writing and Transculturation*) una visión imperial. Pero Humboldt se pronunciaba claramente contra la esclavitud, el peonaje y la explotación de negros e indígenas como mineros, bogas del Magdalena y trabajadores textiles en fábricas criollas, llamando a los indígenas los verdaderos dueños de la selva, desposeídos por los criollos. Aunque su escritura era bastante europea, estilo Siglo de las Luces, era en el fondo un auténtico anti-colonialista, más anticolonial que los autores y protagonistas de la “novela de la selva”, que lo citan profusamente, pero no lo denuncian nunca. *Los pasos perdidos* de Carpentier, autor que admiraba profundamente al viajero ale-

mán, no hubieran sido posibles sin las lecturas humboldtianas del novelista cubano.

De todos modos el estudio de Lesley Wylie es un reto para volver a ocuparse de la literatura entre ambas guerras mundiales casi olvidada y pretendidamente obsoleta, cuyo estudio puede depararnos, sin embargo, gratas sorpresas por su alarde de premodernidad.

*Hans-Otto Dill
(Berlín)*

Karen Poe: *Eros pervertido. La novela decadente en el modernismo hispanoamericano*. Madrid: Biblioteca Nueva (Estudios críticos de literatura y de lingüística, 43) 2010. 249 páginas.

El estudio de Karen Poe se propone examinar la “transmutación de los valores tradicionales en torno a la sexualidad y el erotismo” en la novela decadente hispanoamericana (p. 28). Considera que esta novela forma un grupo específico dentro del modernismo, una especie de “vertiente herida” (p. 19), una erótica “adversa a la moral establecida y el supuesto bien común” (p. 18) de la época, que la autora intenta comprender. Sus objetos de estudio son la novela *De sobremesa*, de José Asunción Silva, las *nouvelles* (novelas cortas o relatos) *El donador de almas*, de Amado Nervo, *La ciudad de los tísicos*, de Abraham Valdelomar, y *El hombre que parecía un caballo*, de Rafael Arévalo Martínez, así como *Del amor, del dolor y del vicio* (en la versión abreviada de *Tres novelas inmorales*, de 1919), de Enrique Gómez Carrillo, *La raza de Caín*, de Carlos Reyles, y el fragmento novelístico *El oro de Mallorca* de Rubén Darío. La perspectiva, desde la cual Poe enfoca el cuerpo de textos por ella formado, es la de la

queer theory y los *gay and lesbian studies* en el marco de conceptualizaciones derivadas de las teorías de Lacan, Foucault, Allouch y otros.

El libro consta de una introducción, cuatro capítulos y una breve serie de conclusiones. En el primer capítulo, Poe trata de elucidar la relación entre el erotismo y la sexualidad en *De sobremesa*, *El donador de almas* y *La ciudad de los tísicos* y el discurso “de los alienistas, psiquiatras e higienistas franceses” (p. 20) del *fin de siècle*, en cuya serie incluye a Max Nordau y su famoso libro *Entartung* (Degeneración), publicado en 1894 en versión francesa bajo el título de *Dégénérescence*.¹ Poe plantea que las tres obras hispanoamericanas analizadas se oponen conscientemente (a través de la actuación de sus personajes) a la normativización del erotismo y la sexualidad observable en el discurso psiquiátrico del *fin de siècle* francés, que era el más influyente de la época.

El segundo capítulo del libro se ocupa de la tensión entre la confesión autobiográfica y la invención de sí en *De sobremesa* y *El oro de Mallorca*. Poe se es-

¹ Nordau, oriundo de Budapest, se doctoró en París bajo Charcot en 1882 con un trabajo sobre *De la castration de la femme*, en el que refutaba la aplicación de intervenciones quirúrgicas en los casos de la mal llamada histeria femenina. Nordau defendía una hipótesis que no buscaba causas fisiológicas a los síntomas de la histeria, sino que atribuía éstos a determinados efectos del entorno social. Sorprendentemente, este dato no exento de interés en el conjunto de la reconstrucción del proceso de normalización del erotismo y la sexualidad a finales del siglo XIX, emprendido en el capítulo, no es recordado por la autora. Por otra parte, de *Entartung* dice Poe más adelante extrañamente que fue “atribuida” a Nordau (p. 145), como si este libro tan controvertido en su momento fuese de autoría incierta.

fuerza por demostrar cómo la escritura autobiográfica romántica, que a partir de las *Confessions* de Rousseau pretendería decir la verdad sobre sí de los autores y/o las autoras que la practicaban (¿pero qué es del Goethe de *Dichtung und Wahrheit*?), se veía minada en los textos decadentes examinados a favor de una construcción de interioridad entre la novela autobiográfica y la autoficción en un momento histórico, en el que “la individualidad todavía tenía consistencia pero que comenzaba a desvanecerse, asediada por la intuición del vacío y por una psicología de lo fragmentario y de los discontinuo” (p. 227).²

Basándose en un análisis de *El hombre que parecía un caballo*, Poe se propone en el tercer capítulo de su estudio indagar en la recepción crítica del decadentismo en Hispanoamérica. Lee la *nouvelle* de Arévalo Martínez como un relato acerca de lo que “ocurre cuando alguien que intenta no perder el dominio de sí es golpeado por Eros” (p.162). Su análisis de la *nouvelle* de Arévalo Martínez, la que narra el encuentro y la breve amistad entre el narrador anónimo de la historia y el señor de Aretal, su principal personaje, lleva a la autora a plantear tres modos de silenciar el potencial transgresor del texto practicados por la crítica, los cuales consistirían en la psicologización normativizante de los personajes del texto, la interpretación autobiográfica de la historia narrada, así como su enjuiciamiento homofóbico y moralizante.

El cuarto capítulo del libro está dedicado a “la construcción del cuerpo femenino-masculino-andrógino” (p. 21) y la imagen del erotismo y la sexualidad en el cuento *El donador de almas*, de Amado Nervo y las novelas *De sobremesa*, *Del amor, del dolor y del vicio* y *La raza de Caín* de Silva, Gómez Carrillo y Reyes, respectivamente. Concluye la autora que en los textos analizados “los criterios que regulan” la diferencia (p. 232) entre los sexos entra en crisis. Según ella, “el eros decadente habría posibilitado la inscripción de una sexualidad no centrada en el falo” (p. 233). En este sentido, la novela decadente hispanoamericana habría sido una praxis literaria que atentaba “contra el falocentrismo” (ibíd.).

En su compendio sobre el modernismo hispanoamericano, Aníbal González observa que las lecturas del movimiento modernista “in the ‘Queer Studies’ mode” han arrojado resultados desiguales: “At their worst, these readings are trivial attempts to show that major *modernistas* were closet homosexuals. The best studies of this kind, however, show how the *modernistas* reflected in their writings about the changing attitudes towards sexual gender and about the relation between sexual gender and literary writing.”³ No estoy seguro que el libro de Poe, que sin duda pertenece al segundo grupo dentro del tipo de crítica mencionado por González, escape de la desigualdad respecto de sus resultados. Buen número de las conclusiones que ofrece son, a mi modo de ver, forzadas y poco convincentes. Otras necesitan largas divagaciones, que pasan incluso por un relato de Kensaburo Oé, has-

² Este juicio se aproxima notablemente a las conclusiones sobre las características de la *Décadence* expuestas por Bourget en su ensayo sobre Baudelaire de 1881, que ha tenido tanta influencia en la filosofía (Nietzsche), la literatura y la cultura de la época del *fin de siècle*, sin que se aproveche en el estudio de Poe.

³ Aníbal González: *A Companion to Spanish American Modernismo*. London: Tamesis 2007, p. 14, nota 23.

ta llegar a su meta (pp. 98 s.). En la introducción de su libro Poe reconoce que “como toda interpretación”, la suya “tiene algo de delirio” (p. 23). Pero habrá lectores que se preguntan por qué deben compartir con la autora estos delirios, que llegan hasta el clímax hilarante de plantear con respecto a *De sobremesa* y la escena final, en la que el protagonista se desploma ante la tumba de la amada ideal, que lo que parece (de)caer en el decadentismo es “el fallo” (p. 198).

Hay otro punto desconcertante en el libro de Karen Poe. Filológicamente está plagado de negligencias. Es así como tergiversa el famoso primer verso del poema “Brise Marine” de Mallarmé, que reza: “La chair est triste, hélas! et j’ai lu tous les livres”, convirtiéndolo en la secuencia “Helás! La chair est triste et j’ai lu tous les livres” (p. 163), lo cual penosamente destruye el ritmo del verso. Contra lo que se afirma *avec aplomb*, no hay ningún “famoso poema” de Baudelaire titulado “Eogio del maquillaje” (p. 74). Antes bien se trata del capítulo “Éloge du maquillage” del ensayo *Le peintre de la vie moderne* del poeta francés, escrito, naturalmente, en prosa. Muchas veces se notan en el libro errores ortográficos y alteraciones de nombres propios que serían fastidioso enumerar. El caso más vergonzoso de estas negligencias es sin duda la modificación del nombre y apellido de Käte Hamburger (cuyo libro señero *Die Logik der Dichtung* fue consultado por Poe en traducción francesa) en Kate Hamburguer (p. 87 *et passim*), lo cual resulta ser una extraña mezcla entre una supuesta ascendencia anglo de la conocida teórica germano-judía de la literatura y el nombre de una especie de “sándwich de carne picada” que se come en el Brasil.

Klaus Meyer-Minnemann
(Universidad de Hamburgo)

Stefanie Kron/Birgit zur Nieden/Stephanie Schütze/Martha Zapata Galindo (eds.): *Diasporische Bewegungen im transatlantischen Raum – Diasporic Movements – Movimientos Diaspóricos*. Berlin: edition tranvía/Walter Frey (Fragmentierte Moderne in Lateinamerika, 11) 2010. 308 páginas.

La colección trilingüe *Diasporische Bewegungen im transatlantischen Raum* vuelve suyo en el título y en la introducción el concepto de la diáspora todavía virulento en las ciencias culturales, humanas y sociales. Las editoras proponen dar, en primer lugar, un panorama sobre los efectos sociales y culturales de los movimientos migratorios transatlánticos y transamericanos, con un enfoque especial en América y el Caribe, y, en segundo lugar, contribuir a la reflexión teórica sobre el término mismo. ¿En qué medida logran cumplir con ese propósito?

En un breve y selectivo panorama, las editoras tratan de sistematizar el concepto de diáspora destacando dos tendencias concernientes a su empleo en ciencias sociales y culturales: mientras algunos definen diáspora como “relato histórico” (p. 9) que crea comunidades políticas imaginadas las cuales comparten una experiencia de desplazamiento (in)voluntario, otros se refieren a una “metodología feminista-poscolonial” lo cual sobrepasa el paradigma de la interseccionalidad porque “piensan la constitución de las subjetividades políticas y la apropiación del poder desde el rebasamiento de la frontera como una experiencia social y cultural fundamental y ponen al sujeto actuante en el centro del análisis” (p. 13; la traducción es mía). Según estas presuposiciones conceptuales, las quince contribuciones del volumen, provenientes de diferentes disciplinas, están organizadas en tres partes.

En la primera parte, titulada “Movimientos diaspóricas y construcciones de los géneros”, con contribuciones, entre otras, acerca de inmigrantes portuguesas en Nueva Inglaterra (Bela Feldman-Bianco) y del feminismo chileno de principios del siglo xx (Stefan Rinke), Ingrid Kummels se ocupa del significado cultural de la etnicidad, del género, de la clase social y de la nacionalidad en el contexto del vídeo indígena contemporáneo. Kummels muestra que categorías tales como “película indígena” o “vídeo indígena” deben ser deconstruidas porque promueven, a través de representaciones estereotipadas (por ejemplo, de mujeres indígenas) el proceso de “othering” social. Además, siempre están marcadas por influencias transnacionales en el espacio fronterizo mexicano-estadounidense. La contribución de Christoph Singler está dedicada a las prácticas culturales de los artistas cubanos exiliados en Europa en los años sesenta. Analizando la correspondencia personal del artista homosexual Guido Llinás, Singler subraya ante todo la variedad de puntos de vista desde los cuales Llinás y otros artistas homosexuales se posicionan frente a la realidad (política) cubana y a la situación del exilio. No distingue, no obstante, con mucha claridad la noción de exilio de aquella de diáspora, (un) aspecto muy importante en el contexto cubano.

En la segunda parte, “La diáspora como relato histórico”, que ofrece estudios de Liliana Weinberger sobre el “ensayo entre-mundos” y de Jessica Gevers sobre la literatura caribeña en Canadá, se destacan cuatro contribuciones. El artículo de Gesine Müller trata de la migración y circulación de ideas en el Caribe colonial del siglo xix con especial atención a los escritores Eugenio María de Hostos (Puerto Rico) y Xavier Eyma (Martinica). A través de la posición de los dos autores frente

a la idea de la abolición de la esclavitud y de la independencia, se observa el fraccionamiento del poder colonial en el espacio caribeño: mientras que Hostos defiende una perspectiva transnacional e independentista, para Eyma la separación de la metrópoli francesa sigue siendo inimaginable. Luis Pulido Ritter reflexiona acerca del autor panameño Carlos E. Russel, cuyos textos dramáticos escenifican desde una perspectiva diaspórica la cultura afropanameña ya marcada por la experiencia migratoria de los afroantillanos provenientes de las colonias anglófonas. Pulido Ritter insiste en que la hibridez no es exclusivamente una característica de identidades marginales, sino también de identidades hegemónicas. Según él, se deben develar los mecanismos mediante los cuales ciertos tipos de hibridez cultural devienen un factor de in- o exclusión social. En su contribución sobre la autora neerlandesa-surinamesa Ellen Ombre, Ineke Phaf-Rheinberger focaliza las relaciones entre la (antigua) colonia, la metrópoli y los movimientos migratorios, deteniéndose especialmente en los entre-cruzamientos que se establecen entre las categorías de raza y de género. Fundando su estudio en la retrospectiva histórica que da la novela *Negerjood en moederland* (2004) de la familia de la protagonista, Phaf-Rheinberger analiza sobre todo las relaciones entre las diásporas africana, judía y el patriarcado en el Surinam colonial del siglo xviii. Birgit zur Nieden comenta la construcción narrativa del fenómeno de los movimientos migratorios entre Argentina y España en el contexto de la crisis económica de principios de los años 2000. Su interpretación de la coproducción televisiva argentino-española *Vientos de agua* (2006) convence con el recurso a teorías sobre los relatos nacionales y diaspóricos de Glissant y de Bhabha y al concepto de “espacios diaspóricos” de Brah. Gracias a

ello, zur Nieden logra concebir cómo es construido (en esa representación popular) el entrelazamiento de las ondas migratorias argentinas y españolas.

La última parte reúne contribuciones acerca del tema “(De-)construcciones diaspóricas del ‘otro’”, tal como el estudio de Kerstin Brandes sobre la denominada Venus Hotentote y la crítica feminista de Eva Bahl, Marina Ginal y Sabine Hess de la política fronteriza europea en el contexto de la prostitución. Rike Bole interpreta tres novelas de ciencia ficción, *Cielos de la tierra* (1997) de Carmen Bullosa, así como *El abrevador de los dinosaurios* (1990) y *El hombre, la hembra y el hambre* (1998) de Daína Chaviano, como “escritura cyborg” desde los márgenes, empleando así conceptos elaborados por la feminista estadounidense Donna Haraway. Partiendo de reflexiones sobre la naturaleza relacional de la diferencia entre los géneros, así como de las culturas, Irmgard Rehaag aboga por los estudios de género interculturales desde una perspectiva etnológica, repitiendo así un aspecto importante (pero no tan nuevo) del paradigma de la interseccionalidad. Iván González Márquez, por fin, trata desde una perspectiva sociológica la relación entre la violencia del ejército mexicano contra la población indígena en el estado federal de Veracruz y las pretensiones nacionalistas del Estado mexicano. Sirviéndose del ejemplo del asesinato de una mujer náhuatl, González Márquez identifica la violencia como instrumento de la colonización interior motivada por el deseo del Estado nacional de conseguir entrar plenamente en la modernidad occidental.

Para resumir, se puede observar que el volumen trata tanto fenómenos migratorios, diaspóricos y de minoría conocidos —“el problema indígena” en México, el exilio cubano o las relaciones entre España y Argentina— como fenómenos en áreas

hasta entonces marginalizadas, tal como la literatura diaspórica panameña o surinamesa. Aunque el propósito articulado en la introducción, de discutir críticamente el concepto de diáspora, no es cumplido de manera sistemática en todas las contribuciones —algunas prescinden de una reflexión conceptual crítica, otras se refieren más a conceptos como migración, hibridez o interculturalidad, lo cual produce cierta discrepancia entre el desiderátum teórico y la realización—, los artículos presentan un escenario interesante de las migraciones, diásporas, minorías y configuraciones transnacionales en el espacio transatlántico.

Anne Brüske
(Universidad de Heidelberg)

María del Rosario Lara: *El discurso subversivo en la obra periodística de Fernández de Lizardi*. Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press 2009. V, 222 páginas.

Desde hace algunos años, los estudios de la literatura se interesan de nuevo por los discursos sociales que van generando los textos narrativos. Siguiendo las teorías del poscolonialismo, los críticos observan las construcciones de la realidad en la literatura así como la ficción en los textos testimoniales o periodísticos. María del Rosario Lara sigue esta dinámica ofreciendo un estudio sobre una de las figuras más importantes en el México de la transición del orden colonial a la república, es decir, del Siglo de las Luces y del romanticismo. Fernández de Lizardi (1776-1827) es conocido no sólo como el autor de la primera novela mexicana, *El Periquillo Sarniento* (1816), sino también como periodista reluciente de la época.

Por consecuencia, el libro ofrece un análisis del discurso subversivo de la obra periodística de Lizardi, concentrándose en los títulos publicados a partir de 1812, como *Las sombras de Heráclito y Demócrito* (1815), *El Conductor Eléctrico* (1820), *El Hermano del Perico que cantaba la Victoria* (1823) y las *Conversaciones del Payo y el Sacristán* (1824-1825). Es evidente que domina el periódico más conocido del autor mexicano, *El Pensador Mexicano* (1812-1814), cuya influencia en el sistema literario nacional ha sido muy importante. Pero María del Rosario Lara no quiere establecer una historia general de las mentalidades de la época, sino que intenta acercarse al asunto con una focalización más aguda. Su propuesta es describir los mecanismos discursivos que permitieron el ascenso social de los criollos en la sociedad mexicana, recurriendo a los métodos teóricos del sociólogo marxista italiano Antonio Gramsci y del semiótico ruso Mijaíl Bajtín. En este tipo de trabajo parece evidente que la autora se refiere también al filósofo francés de la historia cultural, Michel Foucault.

Después de una introducción, el análisis se desarrolla en tres capítulos. En el primero, el lector encuentra una contextualización histórica con un enfoque en la problemática de los criollos en la sociedad colonial tradicional. En el segundo, se pueden leer los recursos literarios del *Pensador Mexicano*, y en el tercero, hay los elementos más importantes de la construcción lizardiana de la realidad. En toda la obra domina la clave de la argumentación, que consiste en la observación del grupo criollo en la transición de los poderes durante las revoluciones.

Cuando María del Rosario Lara se dedica a la contextualización histórica y a la emergencia de los criollos queda muy clara la posición del periodismo en este

proceso. Este fenómeno nuevo, importado desde la Europa de la Ilustración se dirige en contra de las estructuras coloniales de México –y de América Latina en general– y ofrece una plataforma importante a los grupos criollos de la sociedad. El proceso de la liberación y de la modernización de la sociedad va en paralelo con la descolonización del pensamiento criollo, es decir, en contra de los discursos coloniales. Pero queda claro al mismo tiempo que este ascenso del grupo criollo expresado por la prensa representa más bien una consolidación de los criollos como clase hegemónica que como un proceso democrático entero, que habría incluido a los mestizos y los pueblos autóctonos. La contextualización histórica demuestra muy bien los mecanismos que llevaron a los criollos a inserirse enteramente en las estructuras coloniales perpetuando un modelo tradicional, con la diferencia de que las élites no habían nacido en Europa, sino en México. En este proceso, Lizardi ha tomado un papel ideológico clave en la medida en que sus textos contribuyeron a representar un modelo de sociedad que iba construyéndose.

El análisis del segundo capítulo demuestra muy bien de qué manera la ideología fue construida por estrategias literarias particulares. Hay que tener en cuenta que la empresa periodística lizardiana fue posible únicamente a partir de la libertad de imprenta instituida por la Constitución de Cádiz en 1812. En este contexto *El Pensador Mexicano* representa la fase inicial del proceso de descolonización: “a partir de [la] función [del *Pensador*] como educador social, elabora un discurso que refleja sus íntimos deseos de imponer un orden a la realidad en su afán por entenderla y ordenarla de acuerdo a sus intereses de clase” (p. 41). Los métodos para alcanzar esta meta política, en cambio, están vinculados al sistema literario. María del

Rosario Lara considera la voz del periodista como muy dominante, poniendo a su lector delante verdades inalterables, reconociendo al mismo tiempo su alto grado de pensamiento moderno: “Esta nueva práctica, a su vez, instituye un tipo de lector, ‘inteligente y racional’, capaz de aceptar las verdades que Lizardi descubre para él” (p. 46). Pero no se trata –según la argumentación– de una escritura democrática, sino de textos altamente defensores de los valores criollos.

Las estrategias literarias de Lizardi son múltiples. Introduciendo la instancia de un narrador ficticio, el autor se libera de toda responsabilidad discursiva, dado que la voz del ente añadido está en posición de observar y de expresarse a su gusto, sin ningunas trabas en la lengua. Representa una posición de observación neutral, que comunica con el público lector. Otra estrategia es el discurso desde la posición de una realidad soñada, desde la cual toda crítica parece al mismo tiempo verdadera y ficticia. El mundo onírico permite una serie de comentarios hacia la sociedad colonial de su tiempo, sugiriendo modelos de reestructuración social a favor de sus contemporáneos criollos. A veces el narrador se pone máscaras de diferentes tipos para poder expresar libremente su ideario crítico. Es una manera de participar en el público, dar consejos y denunciar el orden colonial. Se nota la influencia de la crítica bajtiniana cuando la autora recuerda que la función de la risa y de lo ridículo tiene una fuerza crítica inestimable. Por otro lado, el *Pensador Mexicano* emplea también el concepto horaciano del “prod-esse et delectare”, en otras palabras, del “útil y dulce”, tal como los neoclasicistas de la época. Recurriendo a los autores clásicos europeos busca establecer una posición de autoridad, cuyos argumentos no pueden ser puestos en entredicho. En el sistema discursivo del *Pensador Mexicano* la iro-

nía tiene un rol importante dado que le permite disfrazar sus opiniones y escapar a toda implicación discursiva de las palabras. Semejante recurso representa este acercamiento lúdico a la realidad criticada tan típico para esta escritura marcada por la ironía.

María del Rosario Lara cita otras estrategias que revelan la construcción de una sociabilidad en favor de los criollos. El hecho de ver diálogos, voces de lectores virtuales que entran en discusión con la voz narradora, notas y comentarios de suscriptores, contrarréplicas, indican la emergencia de un espacio público dirigido por una nueva capa de la sociedad mexicana: “La opinión pública funciona como una máscara del autor para lanzar la crítica de ciertas costumbres que hacen del pueblo mexicano un pueblo bárbaro” (p. 83).

En el tercer capítulo, la autora prosigue el análisis del discurso lizardiano por elementos temáticos de la construcción de la realidad. Dominan los temas recurrentes de la prensa ilustrada como el criterio de la verdad, la libertad de imprenta, la educación, la organización de la sociedad o las relaciones familiares, pero hay también temas estrictamente americanos como el pasado colonial o la naturaleza de los criollos. En este capítulo el lector encuentra los nodos esenciales de la argumentación periodística de Fernández de Lizardi, cuyas referencias se han reunido en un rico catálogo de notas al final de la obra.

El análisis del discurso subversivo abre el camino hacia la investigación de una época cuyo estatus literario había sido tratado de una manera poco adecuada en el pasado. Durante mucho tiempo la interrelación que hay entre el periodismo y la literatura había escondido un filón muy importante en lo que toca a la emergencia de la novela moderna, tal como la

entendemos desde el siglo XVIII, y cuyos prototipos se encuentran en Inglaterra. Los textos de Swift, Defoe o Richardson habían abierto este camino estrechamente conectado con el periodismo, y Fernández de Lizardi lo había desarrollado para el sistema literario mexicano.

Si leemos el libro de María del Rosario Lara de esta manera, podemos descubrir una tradición muy rica que se vislumbra en él, pero que nunca se ve formulada: es la tradición de los “pensadores españoles”, o mejor todavía, de la tradición de los “espectadores”, de la prensa moralista, cuyas características corresponden por lo menudo a lo que se lee en este libro. Concluyendo, María del Rosario Lara nos lleva a un camino que demuestra la riqueza de la labor de interpretación, dando paso a la interrelación entre los pensadores espectadores y los sistemas literarios caracterizados por un alto grado de sociabilidad.

Klaus-Dieter Ertler
(Universidad de Graz)

Juan Pascual Gay: *Un escritor meridiano: Alberto Quintero Álvarez*. Guanajuato: Ediciones La Rana/Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato (Biblioteca Montaigne) 2009. 244 páginas.

En su último libro, Juan Pascual Gay, profesor en el Colegio Universitario de San Luis Potosí, presenta el primer estudio de conjunto de la obra del escritor mexicano Alberto Quintero Álvarez (1914-1944), a menudo citado como miembro del grupo que, en torno a Octavio Paz y la revista *Taller*, tomó el relevo de los Contemporáneos en la vanguardia de la literatura mexicana a partir de los años treinta. La relación con este grupo y su trágico fallecimiento, que truncó una

carrera prometedora, suelen ser los dos brochazos con los que en los manuales de literatura mexicana se solventa habitualmente la obra de un escritor cuya importancia, tras la lectura de esta monografía, parece merecedora de una nueva consideración. El libro de Juan Pascual Gay lo forman cuatro ensayos, que abordan la biografía de Quintero Álvarez, su integración dentro de un grupo concreto en el campo literario de su época y, seguidamente, un recorrido y análisis por su obra poética y su obra en prosa.

En el primer ensayo, “Semblanza de Alberto Quintero Álvarez”, se comentan algunos de los rasgos que caracterizaron la personalidad de un escritor que en su época fue considerado retraído y enigmático. Por la importancia que en su poesía tienen la naturaleza y el paisaje de su tierra natal, se traza un paralelismo con la obra de otro poeta de provincias como fue López Velarde, si bien en Quintero Álvarez no hay el desarraigo de aquél. Por el contrario, el poeta guanajuatense se integró rápidamente en el ambiente literario de la capital, compensando su ausencia con periódicas escapadas a su Acámbaro natal. Su actuación se conformó siempre ligeramente distanciada de sus compañeros de *Taller*, de los cuales se separaría tras el final de la revista, en parte por su claro apoliticismo, que lo diferenciaban de la conciencia social cada vez más pronunciada de autores como Octavio Paz, Efraín Huerta o Rafael Solana.

En el segundo ensayo, “La generación de Alberto Quintero Álvarez”, se analizan los rasgos del grupo de poetas reunidos en torno a *Taller Poético*, del que Quintero Álvarez formó parte, y que se caracterizó, a diferencia de lo habitual en los grupos de vanguardia, por “el consenso y la adhesión a las promociones inmediatamente anteriores” (p. 56), en especial con los poetas del grupo de Contemporáneos, con

los que mantuvieron una actitud, si no discipular, al menos netamente respetuosa. De entre el numeroso grupo de poetas que participaron en las iniciativas editoriales de Octavio Paz, pronto erigido en líder, Juan Pascual Gay señala una mayor afinidad de Quintero Álvarez con poetas como Efrén Hernández, Enrique Gabriel Guerrero o Ramón Gálvez, antes que con Paz, Solana o Huerta. Al contrario de estos últimos, el poeta guanajuatense “nunca se dejó seducir ni por la poesía social ni por el espacio urbano; su poesía siempre se sitúa en la naturaleza” (p. 77). Sin embargo, sería con ellos con quienes haría frente común desde que la revista *Taller Poético* fuera sustituida por la más ambiciosa *Taller* que, a pesar de su breve duración, pretendía abanderar un movimiento generacional y conquistar dentro del campo literario mexicano las posiciones hegemónicas que desde años atrás eran ocupadas por el grupo de los Contemporáneos.

En el tercer ensayo, “De *Saludo del alba* a *El tiempo contemplado*”, se analiza la evolución de Quintero Álvarez en su breve producción lírica, que consta de dos poemarios publicados y uno póstumo. *Saludo del alba* (1936), compuesto por poemas escritos entre 1932 y 1935, combina poemas en verso y en prosa, algo por entonces poco usual en el panorama literario mexicano, y causó una gran impresión al ser publicado, saludando la crítica la aparición de un autor novel con una poética ya definida y madura, aunque con cierta influencia del poeta Enrique González Martínez, quien le prologó el libro. Su segundo libro, *Nuevos cantares y otros poemas* (1942), muestra una clara depuración, renunciando a las formas popularistas y los temas de adolescencia, que aparecían en algunos de los poemas de su primer libro, y una mayor presencia de la reflexión sobre la voz y la creación poética, temas que predominarán en los poe-

mas que habían de formar su último poemario, *El tiempo contemplado*, cuya publicación se frustró por el inesperado fallecimiento de Quintero Álvarez. Juan Pascual Gay dedica una especial atención a este poemario, tanto a su génesis como a su forma y contenido, donde percibe una influencia creciente de Pablo Neruda y donde, si por una parte reaparecen los escenarios silvestres de *Saludo del alba* en los que se desenvuelve la sensualidad del poeta, por otro lado se enfatizan los temas del deseo por un objeto inalcanzable y la reflexión sobre el tiempo, que domina los últimos poemas escritos por el poeta, y donde intenta reflejar líricamente un particular “éxtasis de la temporalidad” (p. 198) que resuelve momentáneamente sus contradicciones entre añoranza y deseos irrealizables, entre la dimensión limitada del hombre y sus esperanzas.

El último ensayo se dedica a la aún menos conocida obra en prosa del autor mexicano, que se inició con un ensayo que tuvo cierta resonancia en el momento de su publicación. Su “Semblanza del llanto” se incluyó en un volumen titulado *Tres ensayos de amistad lírica para Garcilaso*, publicado en 1936, que muestra un tratamiento del legado del poeta de Toledo, de cuya muerte se cumplían cuatro siglos, muy distinta al garcilasismo falangista que cobraría rango casi oficial en la España del primer franquismo. En su ensayo, Quintero Álvarez mostraba una concepción de la poesía como nacida del dolor, y su identificación emocional con Garcilaso se diferenciaba netamente del ensayo de Jaime Torres Bodet, destacado miembro del grupo de Contemporáneos, que en ese mismo libro aprovechaba el centenario de Garcilaso para emprender una erudita disquisición sobre el tratamiento del paisaje y la naturaleza en las tradiciones italiana y española. Quintero Álvarez se mostró más beligerante en sus

ensayos que en sus poemas frente a la estética de los Contemporáneos, de los que critica su “exceso de intelectualismo” (p. 206), como queda también de manifiesto en sus ensayos “Sobre la inteligencia” y “Los inquilinos de la filosofía”, donde defiende la unión de emoción e inteligencia en el ejercicio de la poesía. Juan Pascual Gay analiza con detalle estos ensayos, publicados en *Taller*, así como dos largas reseñas sobre poetas cercanos al guanajuatense, como Enrique Gabriel Guerrero y Enrique González Martínez.

En definitiva, el libro de Juan Pascual Gay hace justicia a la obra de un poeta que, a pesar de su trágico e inesperado fin, logró una poética diferenciada y valiosa, en una de las épocas de mayor brillantez de las letras mexicanas.

Mario Martín Gijón
(Universidad de Extremadura)

Paul B. Miller: *Elusive Origins. The Enlightenment in the Modern Caribbean Historical Imagination*. Charlottesville/London: University of Virginia Press (New World Studies) 2010. X, 240 páginas.

Paul B. Miller investiga de manera innovadora el papel que desempeña la Ilustración en la imaginación histórica moderna del Caribe. A través de la literatura, Miller se acerca a la temática desde una perspectiva comparatista pan-caribeña, que tiene en cuenta el Caribe anglófono, francófono e hispanohablante. De esta manera ofrece un espectro muy amplio de textos, enfocándose en las novelas históricas. Dentro de la selección de escritores se encuentran: Alejo Carpentier y Reinaldo Arenas (Cuba), C. L. R. James (Trinidad), Marie Chauvet (Haití), Maryse Condé

(Guadalupe) y Edgardo Rodríguez Juliá (Puerto Rico).

Por su argumentación delineada y clara se puede afirmar que Miller consigue manejar de manera convincente la complejidad dada por la integración de tan diversos autoras y autores en su análisis, sin perder de vista su propio planteamiento sobre cómo los escritores se relacionan con el discurso de la Ilustración mediante su imaginación histórica y cómo desarrollan así una autoconsciencia caribeña. Con su enfoque Miller toca una problemática fundamental del Caribe (y de América Latina entera): la cuestión por la modernidad, la que fue inaugurada en Europa por la Ilustración y que comprende tanto el momento histórico —la Revolución Francesa— como el movimiento pensador de los siglos XVIII y XIX, que proclama la libertad, la emancipación y la madurez del hombre. Estas declaraciones no originaron la abolición de la esclavitud ni la detención del colonialismo y del imperialismo en el espacio caribeño. Sin embargo, las ideas de la Ilustración desbordaban el Caribe incitando la reivindicación de la libertad de los esclavos en el curso de la revolución haitiana. Desde la perspectiva eurocéntrica, ésta se opone epistemológicamente a la Ilustración, así que la revolución en Haití fue (y hasta hoy día aún es) considerada como su lado oscuro, irracional e inconsciente. Son estas contradicciones las que preocupan a los escritores caribeños contemporáneos: en la búsqueda de una propia modernidad rechazan el discurso eurocéntrico, que reclama la objetividad histórica e ideológica de la Ilustración, la cual al mismo tiempo sigue siendo una aspiración. Por lo tanto, la Ilustración constituye una línea de demarcación entre el viejo y el nuevo mundo.

Miller organiza su estudio alrededor de los siguientes conceptos claves, los que analiza en correlación, destacando así su

interdependencia: la historia, la imaginación, la modernidad, la representación (textual), la subjetividad, y el género (tanto en el sentido de *gender* como de *genre*). El libro se divide en seis capítulos, cada uno de los cuales se dedica a un escritor o escritora. La estructura corresponde al argumento principal que Miller desarrolla de manera convincente: la transición de la imaginación histórica moderna a la posmoderna. De ahí forma dos grupos de escritores: Carpentier, Chauvet y C. L. R. James por el lado “moderno”, Maryse Condé, Reinaldo Arenas y Edgardo Rodríguez Juliá por el lado “posmoderno”.

El punto de partida y de referencia recurrente es Alejo Carpentier, el escritor clave por su dedicación al tema de la Ilustración. Miller destaca que Carpentier no consigue superar la oposición binaria: con la yuxtaposición entre la cultura europea retrospectiva y la afrocubana prospectiva Carpentier crea un contrapunto que no le permite imaginar una simbiosis o síntesis de ambas culturas. C. L. R. James promete una reconciliación de estas oposiciones en su obra sobre Toussaint L'Ouverture, *The Black Jacobins*. Esta figura clave de la liberación de los esclavos fracasa a pesar del acto extraordinario que emprende tratando de establecer un equilibrio entre la aspiración por la civilización europea y la lucha contra la barbarie causada por el colonialismo. A pesar de su lucha por el “individuo ilustrado” Toussaint permanece dentro de la división entre alto y bajo, tanto como entre líderes y masas. La tensión entre la admiración por la cultura europea y el desprecio de su sistema represor en las colonias caribeñas se refleja también en *La danse sur le volcan* de Marie Chauvet, que pone en el centro de su novela a una protagonista étnicamente *in-between* de una mulata actriz.

Mientras que estos escritores consiguen desarrollar una autoconsciencia cari-

beña sin poder liberarse del pensamiento en relaciones opuestas, el grupo que Miller determina como escritores posmodernos consigue superar los binarismos, porque cuestionan la posibilidad de una representación histórica coherente, rechazan toda narrativa histórica totalizadora y por ende anhelan historiografías alternativas. Esto último se ve explícito en *Moi, Tituba, sorcière* de Maryse Condé, novela que no sólo enfoca una perspectiva de género con su narrativa desde la voz femenina sino que también se sirve de anacronismos a través de los cuales parodia lúdicamente la exactitud y precisión de la representación histórica. La duda del progreso histórico y de la madurez humana presentes en la obra de Condé se destacan de forma potenciada en la negatividad posmoderna de Reinaldo Arenas, que sustituye la autoridad narrativa por una subjetividad fraccionada y desintegrada, la que imposibilita cualquier narración histórica objetiva. Esta imaginación posmoderna culmina, según Miller, en la obra de Rodríguez Juliá. El escritor puertorriqueño usa la alegorización y la sátira para deconstruir cualquier significado histórico en sí, reemplazándolo por un juego de indeterminación que enfatiza lo siempre incompleto. Este juego deshace la distinción no sólo entre historia y ficción sino también entre presente y pasado, lo cual origina la creación de distopías y ucronías.

Miller enriquece nuestra comprensión del papel complejo y contradictorio que desempeña la Ilustración en el Caribe. El análisis se inscribe en el campo de la teoría poscolonial que cuestiona la universalidad de la Ilustración. El potencial innovador del estudio consiste en la manera en que el autor reúne escritores tan diversos de todo el Caribe entre los que revela numerosas referencias intertextuales. Así descubre aspectos de comparación remarquables entre las obras analizadas. En la

conclusión Miller abre otro cauce de interpretación al centrarse en el director cinematográfico cubano Tomás Gutiérrez Alea. Este excursus en el final nos muestra que el tema no está agotado y que todavía hay muchas posibilidades de extender el análisis. Resumiendo se trata de un estudio denso y extenso, una consulta valiosa para quien quiere adentrarse en la problemática histórica y epistemológica de la modernidad en el Caribe, con sus contradicciones internas y externas.

Andrea Gremels
(Universidad de Frankfurt/Main)

Aída Beaupied: *Libertad en cadenas. Sacrificio, aporías y perdón en las letras cubanas.* New York etc.: Lang (Caribbean Studies, 26) 2010. XII, 233 páginas.

Aída Beaupied se acerca de manera transdisciplinaria al tema de la libertad en los discursos cubanos. La “llave del golfo” dorada en la portada del libro simboliza un posible protagonismo de Cuba en el mundo (p. 91) y el impulso trágico y liberador de los cubanos de conectarse con lo Otro (p. 212). El libro se divide en siete capítulos, en general equilibrados en sus números de página. Cada capítulo cierra con notas explicatorias. Al final del libro se encuentran la bibliografía y un índice onomástico.

El modo de proceder es científico-cultural e histórico y combina teorías filosóficas con lecturas literarias. Las teorías comprenden desde san Agustín a Hanna Arendt y Erich Fromm, los pensadores cubanos Varela, Ortiz, Benítez Rojo y De la Nuez, hasta a los europeos Kierkegaard, Nietzsche, Lévi-Strauss, Mircea Eliade, Deleuze y Guattari, Foucault y Derrida.

Con las primeras referencias literarias a Sor Juana de la Cruz, Borges, Paz y Carpentier, Beaupied establece un eje argumental: la relación entre “el tiempo, el lenguaje y la libertad” (p. 10). Los textos discutidos abarcan además textos fundacionales de Cuba, yendo desde los escritores modernistas a los existencialistas y posmodernos, hasta la generación actual de escritores cubanos; ésta se califica de desalentadora de promesas de la libertad.

La autora analiza los discursos cubanos sobre la libertad dependiendo de cómo niegan o afirman el “mito integracionista” (p. 5), que es la fuente de la “moderna me-tanarrativa de la ‘teleología insular’ cubana” (p. 7). Este mito connota una adhesión al poder y una circularidad histórica. En cambio, el “tiempo finito” y “la posibilidad de ejercer libre albedrío” (p. 5) son aspectos de una tradición que llega desde la bíblica-romántica hasta la modernidad. Sin embargo, estas percepciones del tiempo generan ideas contradictorias, como el Apocalipsis y el eterno retorno. De ahí emanan las aporías que acompañan el tema de la libertad en los discursos cubanos junto a “dos olvidos” (p. 8): por un lado, el olvidarse de la ambigüedad de todo lenguaje y, por otro, de que dicho mito influye sobre las ideas de libertad en los discursos modernos. Estas tesis le sirven a Beaupied de punto de partida para acusar a ideólogos cubanos de haber forjado las “cadenas de la libertad” mediante “discursos graves” (Risco, cit. por Beaupied, p. 9). Entre ellos se encuentran Guevara (p. 3), Mañach (pp. 4, 114), Martí (pp. 7, 71 ss.), Varela (pp. 60 s.) y Castro (pp. 88 ss.).

El sacrificio humano se interpreta como estrategia opresiva y contradictoria para propagar la libertad, aplicada desde los tiempos fundacionales de la nación. Beaupied constata que también *Sab* (1883) de Avellaneda, poemas de José María

Heredía, y el deseo por la libertad artística, pesimista de Casal manifiestan en el siglo XIX esta característica de la cultura cubana. No obstante, son Martí y Castro quienes cumplen con los arquetipos sacrales y sacrificales (pp. 88 ss.) de “apóstol” (p. 89) y de “Mesías” y “Demonio” (p. 89), respectivamente. Beaupied aplica el concepto foucaultiano del “cuidado del sujeto” (p. 95) como escala graduada de la modernidad de los “duros” en Cuba para indicar sus incapacidades autorreflexivas. No estoy segura de si Beaupied no desacredita el valor objetivo de su trabajo cuando identifica con certeza el origen de toda desgracia cubana en la voz profética de Castro (p. 107). También surge la pregunta de si la suerte de “desdoblamiento irónico” (p. 100) que Beaupied le confiere a Martí, implique un caso de esquizofrenia perdonable.

Se introduce con Iris M. Zavala el término de “libertinaje” para distinguir entre la exclusividad de un discurso y “la (auto)reflexión” (p. 132) burladora. A Beaupied le sirve para fundar teóricamente su advertencia sobre el peligro de que “el choteo” pueda agravarse al producir otra certeza, la del fracaso (p. 133). Hay “dos visiones de mundo que dominan las letras cubanas a partir de la segunda mitad del siglo XX: el trascendentalismo y el existencialismo” (p. 134), que es más cercano al choteo. Lezama Lima y Piñera fungen como representantes de los dos polos. Aunque ambos agregaron en que la “capacidad humana para elegir está limitada a la imaginación” (p. 181), para Piñera esa elección es ilusoria. En cambio, “para Lezama elegir ser un hacedor de imágenes es el acto libre” (p. 181); estas posturas influyen en la cultura cubana actual.

Beaupied aduce varios ejemplos para el “desinflamiento” del nacionalismo cubano. En un recorrido rápido de las obras

desengañadoras recientes, destacan el cine de Tomás Gutiérrez Alea y textos de Leonardo Padura Fuentes y Antonio José Ponte. A Beaupied le importa señalar que éstos “*se desentienden* y no que *rechazan*” (p. 195) el espíritu revolucionario, recalca que representan una generación marcada por una libertad “débil”, que expresa lo efímero, lo provisional.

Reproducir las aporías cubanas sin resolver las mismas parece ser la única vía de transmitir tanto el modo en que la complejidad étnica influyó en la cultura cubana y en sus convicciones o creencias contradictorias sobre la libertad, como la manera en que los avatares históricos fomentaron la consciencia del límite tan central en el pensamiento cubano. Aquel límite se identifica como fuente de anhelos integracionistas o temores existencialistas. La solución liberadora contra el resentimiento que recomienda Beaupied es el perdón junto a una “ironía blanda” (p. 137) que permita la autorreflexión.

Este libro sienta las bases para análisis futuros más detallados del tema, en los autores mencionados y sus obras, ya que los análisis literarios quedan algo cortos. Convencen, sin embargo, las líneas generales que Beaupied sigue en su argumentación.

Ida Danciu
(Universidad de Hamburgo)

Julio Prieto: *De la sombrología. Seis comienzos en busca de Macedonio Fernández*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Vervuert (Ediciones de Iberoamericana, A, 48) 2010. 156 páginas.

Hay escritores que concitan una especial inteligencia crítica a su alrededor. Es el caso de Macedonio Fernández, quien

desde los pioneros estudios de Ana María Barrenechea y Noé Jitrik sobre su obra, pasando por los actuales –ya en el siglo XXI– de Mónica Bueno, Carlos García, Diego Vecchio, Ana Camblong o Daniel Attala, puede ser considerado como uno de los autores que ha promovido más hermosos “ensayos-creación” en la historia de la crítica literaria. En la misma línea, y ocupando un puesto de honor, se sitúa *De la sombrología. Seis comienzos en busca de Macedonio Fernández*, reflexión que, desde su pirandelliano título, juega con el lector haciendo honor al significado último de “sombrología”. Así, la disciplina inventada por Macedonio para desquiciar, encaminada a acabar con “el vistoso juego de tópicos que subdividen la Clasificación de las Ciencias”, permite rastrear en las seis reflexiones que componen el volumen lo “fuera de lugar”, esos espacios inter-medios entre literatura, política, arte, filosofía y *performance*, que constituyeron la base del proyecto macedoniano y cuyas huellas se encuentran impresas a fuego en algunas de las más interesantes experiencias estéticas contemporáneas.

De todo ello da cuenta Julio Prieto, profesor de la Universidad de Postdam, que ya demostró su libertad e inteligencia críticas en *Desencuadrados: vanguardias excéntricas en el Río de la Plata* (2002). Con este volumen comenzó su proyecto sobre “malas escrituras”, que puede ocuparle toda la vida por su ambición e indudable interés, y resumible a partir de una cita de César Aira: “lo malo es más fecundo que lo bueno, porque lo bueno suele producir una insatisfacción que inmoviliza, mientras que lo malo genera una inquietud con la que se renueva la acción”.

Prieto, autor de un poemario titulado significativamente *Sedemas* (2006), da cuenta acá, efectivamente, de su “sed de más”, lo que lo lleva a interesarse por los

autores que “no se conforman”. De ahí su investigación, donde propone estudiar las nociones de ilegibilidad y “mala” escritura en la producción cultural latinoamericana del siglo XX, reivindicando el desaliño textual y la resistencia a la interpretación frente a los textos “clásicos”. Así, sigue una línea de investigación explorada por pensadores capitales de nuestro tiempo como Roland Barthes, Susan Sontag, George Steiner o Leo Bersani, pero que en el mundo hispánico carece casi de cultores si exceptuamos a Graciela Speranza y su brillante *Fuera de campo. Literatura y arte argentinos después de Duchamp* (2006).

Como el tema requiere, el volumen presenta un enfoque transdisciplinario para descubrir las “sombras” que proyecta el pensamiento macedoniano en la literatura, el arte, la política y la filosofía del siglo XX hasta nuestros días. Así, descubrimos cómo Macedonio, con su creación de la “última novela mala” y la “primera novela buena”, abrió una vía de pensamiento que permitió aunar los conceptos de “vanguardia” y “mala literatura”; del mismo modo jugó con los límites del texto al defender “invenciones” como el título-texto, la tapa-libro, o postular una novela cuyo núcleo quedaba diferido interminablemente por sus numerosos prólogos. En esta situación, la recepción de su obra siempre debió ser “otra”, de lo que da buena cuenta el volumen que comentamos, y que lo pone en diálogo con autores como Miguel de Cervantes, Emmanuel Lévinas, Marcel Duchamp o Guy Debord, y en el ámbito rioplatense con Jorge Luis Borges, César Aira o Marosa de Giorgio.

Pero pasemos ya a reseñar los diferentes apartados de este libro de “comienzos”, que en absoluto pretende la conclusión y que, por sus múltiples sugerencias, podría haber desembocado en otros múltiples libros. El capítulo primero explora las

diferencias existentes entre el discurso literario y filosófico en Borges y Macedonio, destacándose el estilo opuesto de ambos: clásico –por decoroso y elegante– en el primero, voluntariamente desaliñado en el segundo, lo que da idea de una necesaria diferencia en sus pensamientos. Así, si Borges aprecia “lucidez” en el orden, Macedonio lo considera “manía”, por lo que defiende, en “Para una teoría del arte”, “el universal espectáculo de descompás y asimetría de la realidad”, y se constituye en inventor de estrategias escriturales tan fascinantes como “el paréntesis de un solo palito”.

En el segundo capítulo se define la de Macedonio como una filosofía vitalista en la línea de autores como Bergson o Heidegger, cuya proyección se aprecia en los filósofos Derrida y Lévinas, cercanos a la idea del “fin de la metafísica” por su defensa de la deconstrucción y su deseo de acabar con las oposiciones binarias. Por su parte, la tercera sección analiza su indagación de los límites entre textualidad y performatividad tomando como base su proyecto de candidatura presidencial a las elecciones de 1922, que fue acompañado del deseo de publicar simultáneamente una novela. Prieto demuestra cómo ésta puede ser concebida como una acción artístico-política cercana a la idea del “fin del arte”, en la línea de autores posteriores como Duchamp (*ready-made*), Debord (situacionismo) o Beuys (*performance art*).

Centrándose en el ámbito rioplatense, los capítulos cuarto y quinto analizan la impronta macedoniana en el argentino Aira, que recupera la noción de “vanguardia” a través del proyecto de una “mala escritura”, y la uruguaya Di Giorgio, afín a Macedonio en su defensa del cruce de géneros y de los microdiscursos en la literatura. Finalmente, en el último apartado culmina el juego textual en unas páginas

ensayísticas con visos de ficción, deudoras de la reflexión característica del “sombrologo” por excelencia: el autor contesta a su amigo Daniel Attala en relación a la objeción que éste le hizo sobre el recurso del “maquillaje” en *Adriana Buenos Aires*. Para ello, imagina una conversación de café entre los dos utilizando como base de su explicación la huella del Quijote en el proyecto novelístico macedoniano.

Lo comentado hasta ahora da fe del juego creativo que preside la escritura de Prieto, un “nómada del pensamiento” en la estela macedoniana que, en ocasiones y por el gusto de la digresión, revela lo mejor de su inteligencia en sus jugosísimas notas a pie de página; léase, en este sentido y como significativo ejemplo, la nota 10 de su reflexión (p. 28). Así, el placer que provoca la lectura de este libro se encuentra estrechamente vinculado a su conciencia de que nos encontramos con un oficiante de honor en la “secta” de la sombrología. Este hecho, como nos dice el epígrafe con el que se abre el ensayo, lo define para nuestra fortuna y la de todos los que se acerquen a este indispensable ensayo como “el que cuida aún las sombras a las cosas, para que no las abisme el Día”.

Francisca Noguero
(Universidad de Salamanca)